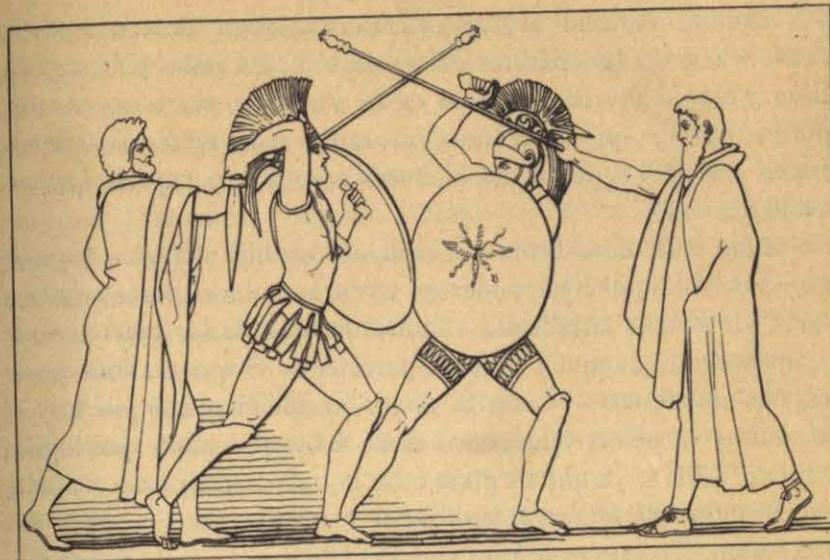


das las movió á lágrimas. Lloraban en el palacio á Héctor vivo aún, porque no esperaban que volviera del combate librándose del valor y de las manos de los aqueos.

503 Paris no demoró en el alto palacio; pues así que hubo vestido las magníficas armas de labrado bronce, atravesó presuroso la ciudad haciendo gala de sus pies ligeros. Como el corcel avezado á bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo, come la cebada del pesebre y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre su cuello, y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas encaminándose al sitio donde los caballos pacen; de aquel modo, Paris, hijo de Príamo, cuya armadura brillaba como un sol, descendía gozoso de la excelsa Pérgamo por sus ágiles pies llevado. El deiforme Alejandro alcanzó á Héctor cuando regresaba del lugar en que había pasado el coloquio con su esposa, y así le dijo:

518 «¡Mi buen hermano! Mucho te hice esperar y estarás impaciente, porque no vine con la prontitud que ordenaste.»

520 Respondióle Héctor, de tremolante casco: «¡Hermano querido! Nadie que sea justo reprochará tu faena en el combate, pues eres valiente; pero á veces te abandonas y no quieres pelear, y mi corazón se aflige cuando oigo murmurar á los troyanos que tantos trabajos por ti soportan. Pero vayamos y luego lo arreglaremos todo, si Júpiter nos permite ofrecer en nuestro palacio la copa de la libertad á los celestes sempiternos dioses, por haber echado de Troya á los aqueos de hermosas grebas.»



Los heraldos Taltibio é Ideo suspenden el combate singular de Héctor y Ajax

CANTO VII

COMBATE SINGULAR DE HÉCTOR Y AYAX.—LEVANTAMIENTO DE LOS CADÁVERES

1 Dichas estas palabras, el esclarecido Héctor y su hermano Alejandro traspusieron las puertas, con el ánimo impaciente por combatir y pelear. Como cuando un dios envía próspero viento á navegantes que lo anhelan porque están cansados de romper las olas, batiendo los pulidos remos, y tienen lasos los miembros á causa de la fatiga; así, tan deseados, aparecieron aquéllos á los teucros.

8 Paris mató á Menestio, que vivía en Arna y era hijo del rey Areitoo, famoso por su clava, y de Filomedusa, la de los grandes ojos; y Héctor con la puntiaguda lanza tiró á Eyoneo un bote en la cerviz, debajo del casco de bronce, y dejóle sin vigor los miembros. Glauco, hijo de Hipóloto y príncipe de los licios, arrojó en la reñida pelea un dardo á Ifínoo Dexiada cuando subía al carro de corredoras yeguas, y le acertó en la espalda: Ifínoo cayó al suelo y sus miembros se relajaron.

17 Cuando Minerva, la diosa de los brillantes ojos, vió que aque-

llos mataban á muchos argivos en el duro combate, descendiendo en raudó vuelo de las cumbres del Olimpo, se encaminó á la sagrada Ilión. Pero, al advertirlo Apolo desde Pérgamo, fué á oponérsele, porque deseaba que los teucros ganaran la victoria. Encontráronse ambas deidades en la encina; y el soberano Apolo, hijo de Júpiter, habló diciendo:

24 «¿Por qué, enardecida nuevamente, oh hija del gran Júpiter, vienes del Olimpo? ¿Qué poderoso afecto te mueve? ¿Acaso quieres dar á los aqueos la indecisa victoria? Porque de los teucros no te compadecerías, aunque estuviesen pereciendo. Si quieres condescender con mi deseo,—y sería lo mejor—suspenderemos por hoy el combate y la pelea; y luego volverán á batallar hasta que logren arruinar á Ilión, ya que os place á las diosas destruir esta ciudad.»

33 Respondióle Minerva, la diosa de los brillantes ojos: «Sea así, Flechador; con este propósito vine del Olimpo al campo de los teucros y de los aquivos. Mas ¿por qué medio has pensado suspender la batalla?»

37 Contestó el soberano Apolo, hijo de Júpiter: «Hagamos que Héctor, de corazón fuerte, domador de caballos, provoque á los dánaos á pelear con él en terrible y singular combate; é indignados los aqueos, de hermosas grebas, susciten á alguien que mida sus armas con el divino Héctor.»

43 Así dijo; y Minerva, la diosa de los brillantes ojos, no se opuso. Heleno, hijo amado de Príamo, comprendió al punto lo que era grato á los dioses que conversaban, y llegándose á Héctor, le dirigió estas palabras:

47 «¡Héctor, hijo de Príamo, igual en prudencia á Júpiter! ¿Querás hacer lo que te diga yo, que soy tu hermano? Manda que suspendan la pelea los teucros y los aqueos todos, y reta al más valiente de éstos á luchar contigo en terrible combate, pues aún no ha dispuesto el hado que mueras y llegues al término fatal de tu vida. He oído que así lo decían los sempiternos dioses.»

54 En tales términos habló. Oyóle Héctor con intenso placer, y corriendo al centro de ambos ejércitos con la lanza cogida por el medio, detuvo las falanges troyanas, que al momento se quedaron quietas. Agamenón contuvo á los aqueos, de hermosas grebas; y Minerva y Apolo, el del arco de plata, transfigurados en buitres, se posaron en la alta encina del padre Júpiter, que lleva la égida, y se deleitaban en contemplar á los guerreros cuyas densas filas aparecían erizadas de escudos, cascos y lanzas. Como el Céfito, cayendo

sobre el mar, encrespa las olas, y el ponto negrea; de semejante modo sentáronse en la llanura las hileras de aquivos y teucros. Y Héctor, puesto entre unos y otros, dijo:

67 «¡Oídme, teucros y aqueos, de hermosas grebas, y os diré lo que en el pecho mi corazón me dicta! El excelso Saturnio no ratificó nuestros juramentos, y seguirá causándonos males á unos y á otros, hasta que toméis la torreada Ilión ó sucumbáis junto á las naves, que atraviesan el ponto. Entre vosotros se hallan los más valientes aqueos; aquel á quien el ánimo incite á combatir conmigo, adelántese y será campeón con el divino Héctor. Propongo lo siguiente y Júpiter sea testigo: Si aquél con su bronce de larga punta consigue quitarme la vida, despójeme de las armas, lléveselas á las cóncavas naves, y entregue mi cuerpo á los míos para que los troyanos y sus esposas lo suban á la pira; y si yo le matare á él, por concederme Apolo tal gloria, me llevaré sus armas á la sagrada Ilión, las colgaré en el templo del flechador Apolo, y enviaré el cadáver á los navíos, de muchos bancos, para que los aqueos, de larga caballera, le hagan exequias y le erijan un túmulo á orillas del espacioso Hesponto. Y dirá alguno de los futuros hombres, atravesando el vinoso mar en un bajel de muchos órdenes de remos: *Esa es la tumba de un varón que peleaba valerosamente y fué muerto en edad remota por el esclarecido Héctor.* Así hablará, y mi gloria será eterna.»

92 De tal modo se expresó. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos, pues por vergüenza no rehusaban el desafío y por miedo no se decidían á aceptarlo. Al fin levantóse Menelao, con el corazón afligidísimo, y los apostrofó de esta manera:

96 «¡Ay de mí, hombres jactanciosos; aqueos, que no aqueos! Grande y horrible será nuestro oprobio si no sale ningún dánao al encuentro de Héctor. Ojalá os volvierais agua y tierra ahí mismo donde estáis sentados, hombres sin corazón y sin honor. Yo seré quien se arme y luche con aquél, pues la victoria la conceden desde lo alto los inmortales dioses.»

103 Esto dicho, empezó á ponerse la magnífica armadura. Entonces, oh Menelao, hubieras acabado la vida en manos de Héctor, cuya fuerza era muy superior, si los reyes aqueos no se hubiesen apresurado á detenerte. El mismo Agamenón Atrida, el de vasto poder, asíole de la diestra exclamando:

109 «¡Deliras, Menelao, alumno de Júpiter! Nada te fuerza á cometer tal locura. Domínate, aunque estés afligido, y no quieras luchar

por despique con un hombre más fuerte que tú, con Héctor Priá-mida, que á todos amedrenta y cuyo encuentro en la batalla, donde los varones adquieren gloria, causaba horror al mismo Aquiles que tanto en bravura te aventaja. Vuelve á juntarte con tus compañeros, siéntate, y los aqueos harán que se levante un campeón tal, que, aunque aquél sea intrépido é incansable en la pelea, con gusto, creo, se entregará al descanso si consigue escapar de tan fiero combate, de tan terrible lucha.»

120 Dijo; y el héroe cambió la mente de su hermano con la oportuna exhortación. Menelao obedeció; y sus servidores, alegres, quitaronle la armadura de los hombros. Entonces levantóse Néstor, y arengó á los argivos diciendo:

124 «¡Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande para la tierra aquea! ¡Cuánto gemiría el anciano jinete Peleo, ilustre consejero y arengador de los mirmidones, que en su palacio se gozaba con preguntarme por la prosapia y la descendencia de los argivos todos! Si supiera que éstos tiemblan ante Héctor, alzaría las manos á los inmortales para que su alma, separándose del cuerpo, bajara á la morada de Plutón. Ojalá, ¡padre Júpiter, Minerva, Apolo!, fuese yo tan joven como cuando, encontrándose los pilios con los belicosos arcadios al pie de las murallas de Fea, cerca de la corriente del Jardano, trabaron el combate á orillas del impetuoso Celadonte. Entre los arcadios aparecía en primera línea Ereutalió, varón igual á un dios, que llevaba la armadura del rey Areitoo; del divino Areitoo, á quien por sobrenombre llamaban *el macero* así los hombres como las mujeres de hermosa cintura, porque no peleaba con el arco y la formidable lanza, sino que rompía las falanges con la férrea maza. Al rey Areitoo matóle Licurgo, valiéndose no de la fuerza, sino de la astucia, en un camino estrecho, donde la férrea clava no podía librarle de la muerte: Licurgo se le adelantó, envasóle la lanza en medio del cuerpo, tumbóle de espaldas, y despojóle de la armadura, regalo del férreo Marte, que llevaba en las batallas. Cuando Licurgo envejeció en el palacio, entregó dicha armadura á Ereutalió, su escudero querido, para que la usara; y éste, con tales armas, desafiaba entonces á los más valientes. Todos estaban amedrentados y temblando, y nadie se atrevía á aceptar el reto; pero mi ardido corazón me impulsó á pelear con aquel presuntuoso—era yo el más joven de todos—y combatí con él y Minerva me dió gloria, pues logré matar á aquel hombre gigantesco y fortísimo que tendido en el suelo ocupaba un gran espacio. Ojalá me rejuveneciera tanto y mis fuerzas conservaran

su robustez. ¡Cuán pronto Héctor, de tremolante casco, tendría combate! ¡Pero ni los que sois los más valientes de los aqueos todos, ni siquiera vosotros, estáis dispuestos á hacer campo contra Héctor!»

161 De esta manera los increpó el anciano, y nueve en junto se levantaron. Levantóse, mucho antes que los otros, el rey de hombres Agamenón; luego el fuerte Diomedes Tidida; después, ambos Ayaces, revestidos de impetuoso valor; tras ellos, Idomeneo y su escudero Meriones, que al homicida Marte igualaba; en seguida Eurípilo, hijo ilustre de Evemón; y, finalmente, Toante Andremónida y el divino Ulises: todos éstos querían pelear con el ilustre Héctor. Y Néstor, caballero gerenio, les dijo:

171 «Echad suertes, y aquel á quien le toque alegrará á los aqueos, de hermosas grebas, y sentirá regocijo en el corazón si logra escapar del fiero combate, de la terrible lucha.»

175 Tal fué lo que propuso. Los nueve señalaron sus respectivas tarjas, y seguidamente las metieron en el casco de Agamenón Atrida. Los guerreros oraban y alzaban las manos á los dioses. Y algunos exclamaron, mirando al anchuroso cielo:

179 «¡Padre Júpiter! Haz que le caiga la suerte á Ajax, al hijo de Tideo, ó al mismo rey de Micenas, rica en oro.»

181 Así decían. Néstor, caballero gerenio, meneaba el casco, hasta que por fin saltó la tarja que ellos querían, la de Ajax. Un heraldo llevóla por el concurso y, empezando por la derecha, la enseñaba á los próceres aqueos, quienes, al no reconocerla, negaban que fuese la suya; pero cuando llegó al que la había marcado y echado en el casco, al ilustre Ajax, éste tendió la mano, y aquel se detuvo y le entregó la contraseña. El héroe la reconoció, con gran júbilo de su corazón, y tirándola al suelo, á sus pies, exclamó:

191 «¡Oh amigos! Mi tarja es, y me alegro en el alma porque espero vencer al divino Héctor. ¡Ea! Mientras visto la bélica armadura, orad al soberano Jove Saturnio, mentalmente, para que no lo oigan los teucros; ó en alta voz, pues á nadie tememos. No habrá quien, valiéndose de la fuerza ó de la astucia, me ponga en fuga contra mi voluntad; porque no creo que naciera y me criara en Salamina, tan inhábil para la lucha.»

200 Tales fueron sus palabras. Ellos oraron al soberano Jove Saturnio, y algunos dijeron mirando al anchuroso cielo:

202 «¡Padre Júpiter, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédele á Ajax la victoria y un brillante triunfo; y si amas tam-

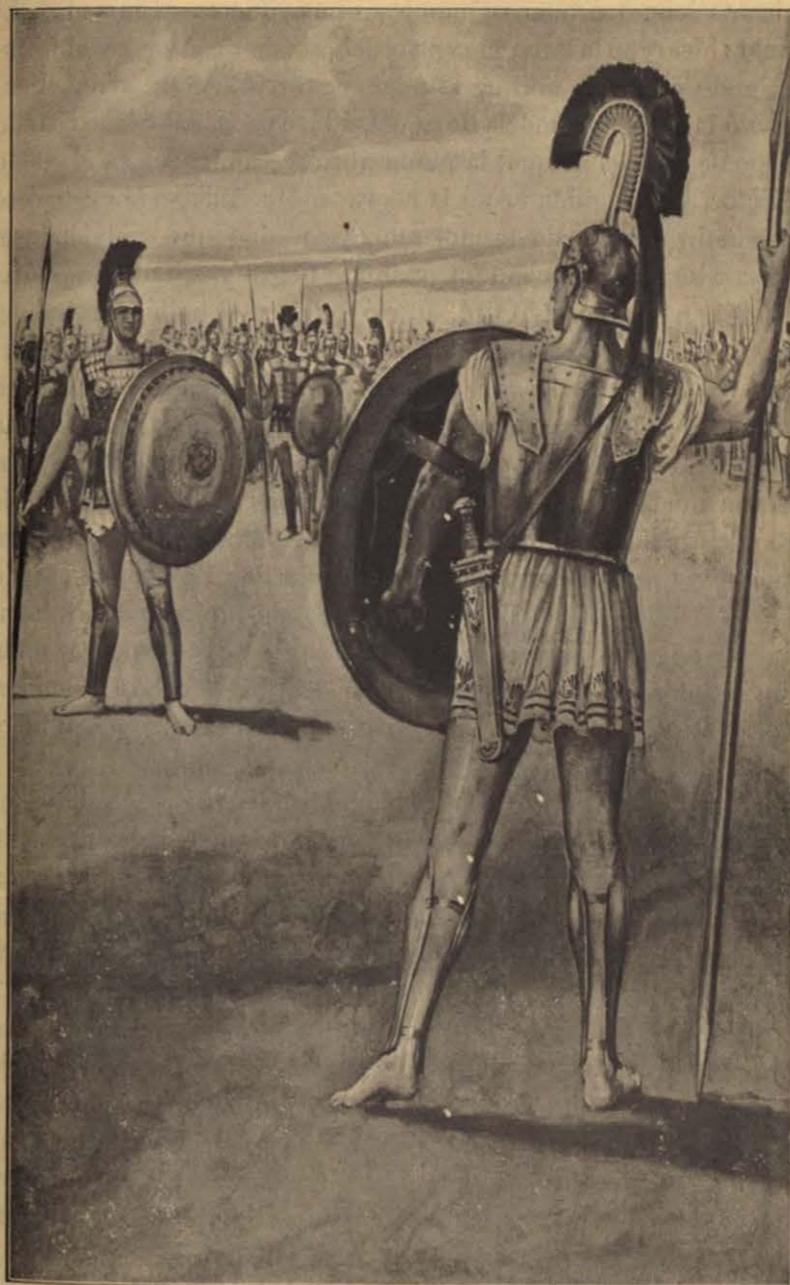
bién á Héctor y por él te interesas, dales á entrambos igual fuerza y gloria.»

²⁰⁶ Así hablaban. Púsose Ajax la armadura de luciente bronce; y vestidas las armas, marchó tan animoso como el terrible Marte cuando se encamina al combate de los hombres á quienes el Saturnio hace venir á las manos por una roedora discordia. Tan terrible se levantó Ajax, antemural de los aqueos, que sonreía con torva faz, andaba á paso largo y blandía enorme lanza. Los argivos se regocijaron grandemente, así que le vieron, y un violento temblor se apoderó de los teucros; al mismo Héctor palpitóle el corazón en el pecho; pero ya no podía manifestar temor ni retirarse á su ejército, porque de él había partido la provocación. Ajax se le acercó con su escudo como una torre, bronceo, de siete pieles de buey, que en otro tiempo le hiciera Tiquio, el cual habitaba en Hila y era el mejor de los curtidores. Éste formó el versátil escudo con siete pieles de corpulentos bueyes y puso encima, como octava capa, una lámina de bronce. Ajax Telamonio paróse, con la rodela al pecho, muy cerca de Héctor; y amenazándole, dijo:

²²⁶ «¡Héctor! Ahora sabrás claramente, de solo á solo, cuáles adalides pueden presentar los dánaos, aun prescindiendo de Aquiles que destruye los escuadrones y tiene el ánimo de un león. Mas el héroe, enojado con Agamenón, pastor de hombres, permanecé en las corvas naves, que atraviesan el ponto, y somos muchos los capaces de pelear contigo. Pero empiece ya la lucha y el combate.»

²³³ Respondióle el gran Héctor, de tremolante casco: «¡Ajax Telamonio, de jovial linaje, príncipe de hombres! No me tientes cual si fuera un débil niño ó una mujer que no conoce las cosas de la guerra. Versado estoy en los combates y en las matanzas de hombres; sé mover á diestro y á siniestro la seca piel de buey que llevo para luchar denodadamente, sé lanzarme á la pelea cuando en prestos carros se batalla, y sé deleitar á Marte en el cruel estadio de la guerra. Pero á ti, siendo cual eres, no quiero herirte con alevosía, sino cara á cara, si conseguirlo puedo.»

²⁴⁴ Dijo, y blandiendo la enorme lanza, arrojóla y atravesó el bronce que cubría como octava capa el gran escudo de Ajax, formado por siete boyunos cueros: la indomable punta horadó seis de éstos y en el séptimo quedó detenida. Ajax, descendiente de Júpiter, tiró á su vez un bote en el escudo liso del Priámida, y el asta, pasando por la tersa rodela, se hundió en la labrada coraza y rasgó la túnica sobre el ijar; inclinóse el héroe, y evitó la negra muerte. Y arran-



AYAX FUÉ AL ENCUENTRO DE HÉCTOR, CON SU ESCUDO COMO UNA TORRE
(Canto VII, verso 219.)

cando ambos las luengas lanzas de los escudos, acometiéronse como carniceros leones ó puercos monteses cuya fuerza es inmensa. El Priámida hirió con la lanza el centro del escudo de Ajax, y el bronce no pudo romperlo porque la punta se torció. Ajax, arremetiendo, clavó la suya en la rodela de aquél, é hizo vacilar al héroe cuando se disponía para el ataque; la punta abrióse camino hasta el cuello de Héctor, y en seguida brotó la negra sangre. Mas no por esto cesó de combatir Héctor, de tremolante casco, sino que, volviéndose, cogió con su robusta mano un pedrejón negro y erizado de puntas que había en el campo; lo tiró, acertó á dar en el bollón central del gran escudo de Ajax, de siete boyunas pieles, é hizo resonar el bronce de la rodela. Ajax entonces, tomando una piedra mucho mayor, lá despidió haciéndola voltear con una fuerza inmensa. La piedra torció el borde inferior del hectóreo escudo, cual pudiera hacerlo una muela de molino, y chocando con las rodillas de Héctor le tumbó de espaldas, asido á la rodela; pero Apolo en seguida le puso en pie. Y ya se hubieran atacado de cerca con las espadas, si no hubiesen acudido dos heraldos, mensajeros de Júpiter y de los hombres, que llegaron respectivamente del campo de los teucros y del de los aqueos, de bronceas lorigas: Taltibio é Ideo, prudentes ambos. Éstos interpusieron sus cetros entre los campeones, é Ideo, hábil en dar sabios consejos, pronunció estas palabras:

279 «¡Hijos queridos! No peleéis ni combatáis más; á entrambos os ama Júpiter, que amontona las nubes, y ambos sois belicosos. Esto lo sabemos todos. Pero la noche comienza ya, y será bueno obedecerla.»

283 Respondióle Ajax Telamonio: «¡Ideo! Ordenad á Héctor que lo disponga, pues fué él quien retó á los más valientes. Sea el primero en desistir; que yo obedeceré, si él lo hiciere.»

287 Díjole el gran Héctor, de tremolante casco: «¡Ajax! Puesto que los dioses te han dado corpulencia, valor y cordura, y en el manejo de la lanza descuellas entre los aqueos, suspendamos por hoy el combate y la lucha, y otro día volveremos á pelear hasta que una deidad nos separe, después de otorgar la victoria á quien quisiere. La noche comienza ya, y será bueno obedecerla. Así tú regocijarás, en las naves, á todos los aqueos y especialmente á tus amigos y compañeros; y yo alegraré, en la gran ciudad del rey Príamo, á los troyanos y á las troyanas, de rozagantes peplos, que habrán ido á los sagrados templos á orar por mí. ¡Ea! Hagámonos magníficos regalos, para que digan aqueos y teucros: *Combatieron con roedor encono, y se separaron por la amistad unidos.*»

303 Cuando esto hubo dicho, entregó á Ajax una espada guarnecida con argénteos clavos, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor; y Ajax regaló á Héctor un vistoso tahalí teñido de púrpura. Separáronse luego, volviendo el uno á las tropas aqueas y el otro al ejército de los teucros. Éstos se alegraron al ver á Héctor vivo, y que regresaba incólume, libre de la fuerza y de las invictas manos de Ajax, cuando ya desesperaban de que se salvara; y le acompañaron á la ciudad. Por su parte, los aqueos, de hermosas grebas, llevaron á Ajax, ufano de la victoria, á la tienda del divino Agamenón.

313 Así que estuvieron en ella, Agamenón Atrida, rey de hombres, sacrificó al prepotente Saturnio un buey de cinco años. Tan pronto como lo hubieron desollado y preparado, lo descuartizaron hábilmente y cogiendo con pinchos los pedazos, los asaron con el cuidado debido y los retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el festín, comieron sin que nadie careciese de su respectiva porción; y el poderoso héroe Agamenón Atrida obsequió á Ajax con el ancho lomo. Cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, el anciano Néstor, cuya opinión era considerada siempre como la mejor, comenzó á darles un consejo. Y arengándolos con benevolencia, así les dijo:

327 «¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Ya que han muerto tantos aquivos, de larga cabellera, cuya sangre esparció el cruel Marte por la ribera del Escamandro de límpida corriente y cuyas almas descendieron al Orco, conviene que suspendas los combates; y mañana, reunidos todos al comenzar del día, traeremos los cadáveres en carros tirados por bueyes y mulos, y los quemaremos cerca de los bajeles para llevar sus cenizas á los hijos de los difuntos cuando regresemos á la patria. Erijamos luego con tierra de la llanura, amontonada en torno de la pira, un túmulo común; edifiquemos á partir del mismo una muralla con altas torres que sea un reparo para las naves y para nosotros mismos; dejemos puertas, que se cierren con bien ajustadas tablas, para que pasen los carros, y cavemos al pie del muro un profundo foso, que detenga á los hombres y á los caballos si algún día no podemos resistir la acometida de los altivos teucros.»

344 Así habló, y los demás reyes aplaudieron. Reuniéronse los teucros en la acrópolis de Ilión, cerca del palacio de Príamo; y la junta fué agitada y turbulenta. El prudente Antenor comenzó á arengarles de esta manera:

348 «¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados, y os manifestaré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ea, restituyamos la argiva Helena con sus riquezas y que los Atridas se la lleven. Ahora combatimos después de quebrar la fe ofrecida en los juramentos, y no espero que alcancemos éxito alguno mientras no hagamos lo que propongo.»

354 Dijo, y se sentó. Levantóse el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, y dirigiéndose á aquél pronunció estas aladas palabras:

357 «¡Antenor! No me place lo que propones, y podías haber pensado algo mejor. Si realmente hablas con seriedad, los mismos dioses te han hecho perder el juicio. Y á los troyanos, domadores de caballos, les diré lo siguiente: *Paladinamente lo declaro, no devolveré la esposa; pero sí quiero dar cuantas riquezas traje de Argos y aun otras que añadiré de mi casa.*»

365 Dijo, y se sentó. Levantóse Príamo Dardánida, consejero igual á los dioses, y les arengó con benevolencia diciendo:

368 «¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados, y os manifestaré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Cenad en la ciudad, como siempre; acordaos de la guardia, y vigilad todos; al romper el alba vaya Ideo á las cóncavas naves, anuncie á los Atridas, Agamenón y Menelao, la proposición de Alejandro, por quien se suscitó la contienda, y hágales esta prudente consulta: Si quieren que se suspenda el horrisono combate para quemar los cadáveres, y luego volveremos á pelear hasta que una deidad nos separe y otorgue la victoria á quien le plazca.»

379 De esta suerte habló; ellos le escucharon y obedecieron, tomando la cena en el campo sin romper las filas; y apenas comenzó á alborear, encaminóse Ideo á las cóncavas naves y halló á los dánaos, ministros de Marte, reunidos en junta cerca del bajel de Agamenón. El heraldo de voz sonora, puesto en medio, les dijo:

385 «¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Mándanme Príamo y los ilustres troyanos que os participe, y ojalá os fuera acepta y grata, la proposición de Alejandro, por quien se suscitó la contienda. Ofrece dar cuantas riquezas trajo á Ilión en las cóncavas naves—¡así hubiese perecido antes!—y aun añadir otras de su casa; pero se niega á devolver la legítima esposa del glorioso Menelao, á pesar de que los troyanos se lo aconsejan. Me han ordenado también que os haga esta consulta: Si queréis que se suspenda el horrisono combate para quemar los cadáveres, y luego volveré-

mos á pelear hasta que una deidad nos separe y otorgue la victoria á quien le plazca.»

398 Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Pero al fin Diomedes, valiente en la pelea, dijo:

400 «No se acepten ni las riquezas de Alejandro, ni á Helena tampoco; pues es evidente, hasta para el más simple, que la ruina pende sobre los troyanos.»

403 Así se expresó; y todos los aqueos aplaudieron, admirados del discurso de Diomedes, domador de caballos. Y el rey Agamenón dijo entonces á Ideo:

406 «¡Ideo! Tú mismo oyes las palabras con que te responden los aqueos; ellas son de mi agrado. En cuanto á los cadáveres, no me opongo á que sean quemados, pues ha de ahorrarse toda dilación para satisfacer prontamente á los que murieron, entregando sus cuerpos á las llamas. Júpiter tonante, esposo de Juno, reciba el juramento.»

412 Dicho esto, alzó el cetro á todos los dioses; é Ideo regresó á la sagrada Troya, donde le esperaban, reunidos en junta, troyanos y dárdanos. El heraldo, puesto en medio, dijo la respuesta. En seguida dispusieronse unos á recoger los cadáveres, y otros á ir por leña. Á su vez, los argivos salieron de las naves de numerosos bancos; unos, para recoger los cadáveres, y otros, para cortar leña.

421 Ya el sol hería con sus rayos los campos, subiendo al cielo desde la plácida corriente del profundo Océano, cuando aqueos y teucros se mezclaron unos con otros en la llanura. Difícil era reconocer á cada varón; pero lavaban con agua las manchas de sangre de los cadáveres y, derramando ardientes lágrimas, los subían á los carros. El gran Príamo no permitía que los teucros lloraran: éstos, en silencio y con el corazón afligido, hacinaron los cadáveres sobre la pira, los quemaron y volvieron á la sacra Ilión. Del mismo modo, los aqueos, de hermosas grebas, hacinaron los cadáveres sobre la pira, los quemaron y volvieron á las cóncavas naves.

433 Cuando aún no despuntaba la aurora, pero ya la luz del alba aparecía, un grupo escogido de aqueos se reunió en torno de la pira. Erigieron con tierra de la llanura un túmulo común; construyeron á partir del mismo una muralla con altas torres, que sirviese de reparo á las naves y á ellos mismos; dejaron puertas, que se cerraban con bien ajustadas tablas, para que pudieran pasar los carros, y cavaron al pie del muro un gran foso profundo y ancho que defendieron con estacas. De tal suerte trabajaban los aqueos, de larga cabellera.

443 Los dioses, sentados á la vera de Júpiter fulminador, contemplaban la grande obra de los aqueos, de bronceas lorigas; y Neptuno, que sacude la tierra, empezó á decirles:

446 «¡Padre Júpiter! ¿Cuál de los mortales de la vasta tierra consultará con los dioses sus pensamientos y proyectos? ¿No ves que los aqueos, de larga cabellera, han construído delante de las naves un muro con su foso, sin ofrecer á los dioses hecatombes perfectas? La fama de este muro se extenderá tanto como la luz de la aurora; y se echará en olvido el que labramos Febo Apolo y yo, cuando con gran fatiga construimos la ciudad para el héroe Laomedonte.»

454 Júpiter, que amontona las nubes, respondió indignado: «¡Oh dioses! ¡Tú, prepotente batidor de la tierra, qué palabras proferiste! Á un dios muy inferior en fuerza y ánimo podría asustarle tal pensamiento; pero no á ti, cuya fama se extenderá tanto como la luz de la aurora. Ea, cuando los aqueos, de larga cabellera, regresen en las naves á su patria, derriba el muro, arrójalo entero al mar, y enarena otra vez la espaciosa playa para que desaparezca la gran muralla aquiva.»

464 Así éstos conversaban. Á puesta del sol los aqueos tenían la obra acabada; inmolaron bueyes y se pusieron á cenar en las respectivas tiendas, cuando arribaron, procedentes de Lemnos, muchas naves cargadas de vino que enviaba Euneo, hijo de Hipsipile y de Jasón, pastor de hombres. El hijo de Jasón mandaba separadamente, para los Atridas Agamenón y Menelao, mil medidas de vino. Los aqueos, de larga cabellera, acudieron á las naves; compraron vino, unos con bronce, otros con luciente hierro, otros con pieles, otros con vacas y otros con esclavos; y prepararon un festín espléndido. Toda la noche los aquivos, de larga cabellera, disfrutaron del banquete, y lo mismo hicieron en la ciudad los troyanos y sus aliados. Toda la noche estuvo el pródigo Júpiter meditando cómo les causaría males, hasta que por fin tronó de un modo horrible: el pálido temor se apoderó de todos, derramaron á tierra el vino de las copas, y nadie se atrevió á beber sin que antes hiciera libaciones al prepotente Saturnio. Después se acostaron y el don del sueño recibieron.



Las Horas desuncen los corceles del carro en que iban Juno y Minerva

CANTO VIII

BATALLA INTERRUMPIDA

1 La Aurora, de azafranado velo, se esparcía por toda la tierra, cuando Júpiter, que se complace en lanzar rayos, reunió la junta de los dioses en la más alta de las muchas cumbres del Olimpo. Y así le habló, mientras ellos atentamente le escuchaban:

5 «¡Oídme todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ninguno de vosotros, sea varón ó hembra, se atreva á transgredir mi mandato; antes bien, asentid todos, á fin de que cuanto antes lleve al cabo lo que me propongo. El dios que intente separarse de los demás y socorrer á los teucros ó á los dánaos, como yo le vea, volverá afrentosamente golpeado al Olimpo; ó cogiéndole, lo arrojaré al tenebroso Tártaro, muy lejos, en lo más profundo del bátratro debajo de la tierra—sus puertas son de hierro, y el umbral, de bronce, y su profundidad desde el Orco como del cielo á la tierra—y conocerá en seguida cuánto ventaja mi poder al de las demás deidades. Y si queréis, haced esta prueba, oh dioses, para que os convenzáis. Suspended del cielo áurea cadena, asíos todos, dioses y diosas, de la misma, y no os será posible arrastrar del cielo á la tierra á Júpiter, árbitro supremo, por mucho que os fatiguéis; mas si yo me resolviese á tirar de aquélla, os levantaría